

La Iglesia de los Benedictinos en Las Condes

Romolo Trebbi del Trevigiano

Es bueno y natural para quien se dirija hacia el cerro de San Benito en Las Condes, encaminar sus pasos desde la iglesia de los Dominicos, al final de Apoquindo. No es éste un problema de orden religioso sino de orden arquitectónico, porque para saber ver lo más nuevo se necesita saber ver lo más antiguo, especialmente cuando entre estos polos hay algo en común: una tradición.

Entre los Dominicos de Apoquindo y los Benedictinos de las Condes existen dos situaciones diversas, dos épocas diferentes y, sin embargo, emana de ambas obras un espíritu parecido y una finalidad urbana igualmente resuelta. He dicho urbana, a pesar de haber sido construida estas obras en los límites urbanos, pero en ellas mismas se incluye, se origina y se desarrolla un pequeño cosmos en función de una comunidad, una pequeña urbe. Y ambos núcleos han creado en el valle y en el cerro un orden muy claro.

Ir hacia la iglesia y el convento de los Benedictinos significa dejar atrás Santiago y elevar el paso y la mirada hacia la Cordillera, hacia las alturas.

El valle de Las Condes desborda verde y fértil, delimitando el cerro, que contrasta por su consistencia terrosa y árida. Camino de polvo, plantas secas entre las que silba el viento.

Y allí está la iglesia.

Aparece de improviso después de una curva, después de la soledad del cerro. Aparecen sus volúmenes blancos y luminosos en el aire claro, volúmenes firmemente dibujados entre los desniveles del cerro.

Recuerdo allá, en Montecassino, el convento de San Benito: se me apareció repentinamente en el día gris, alto sobre la colina. Era una mole fuerte, que del Evo Medio traía las líneas poderosas de aspecto militar, dominando en su altura los valles y visible desde lejos. Pero, ¡cuántas cruces! Las manos de la guerra habían sembrado miles y miles de cruces blancas sobre las colinas; un

abrazo de muerte alrededor del venerable y vetusto monumento que supo morir con los hombres para renacer. Recuerdo siempre aquellas ruinas que renacían como por milagro y una viejita que pasaba entre las cruces, llevando flores que había recogido en el convento; flores de campo para los muertos de todas las banderas.

Aquí, en Las Condes, el llegar es apacible, hasta el pequeño cementerio es alegre. Las flores de campo brotan en el viento, toman una consistencia cardosa.

Frente a la puerta cuadrada de la Iglesia se presiente que más allá de estos volúmenes de concreto blanqueado que se compenetran, hay un mundo. Entrar en ella en una tarde ventosa es fácil, en la rampa de acceso, confundir las voces de los monjes con la del viento que llega embravecido desde el cajón del Arrayán. La rampa sube lentamente trasladándonos del nartex, que con su curva nos acoge y nos sugiere la cripta, hacia el punto más alto de la Iglesia: el acceso al espacio de la función. La luz violenta del exterior pasa por muros verticales que penetran cortados como trincheras o como un armonium luminoso, matizándose para volverse tonos. La graduación de estos tonos acentúa las jerarquías de los espacios.

En un principio puede parecer un poco complicada la articulación general— tal vez a causa de la luz— pero de pronto se descubre que su organización es sencilla y lógica.

Dos volúmenes cúbicos de diversa altura articulados entre ellos.

La rampa da acceso al primero de los cubos; al más bajo. De aquí una diagonal nos dirige directamente hacia el altar que está ubicado en la intersección de los dos cubos, en el más alto. La luz penetra desde la diferencia de alturas y de un vértice del cubo mayor dejado abierto. Aquí, entre estos dos volúmenes mayores, entre la luz que exalta el altar y entre la sombra suave que facilita la meditación, renace una antigua manera de sentir qué es la liturgia. Y una vez más lo antiguo puede ser siempre nuevo.

“Bien sabemos la compenetración que existe entre la liturgia y la carrera del sol. Y también sabemos cómo para un monje que espera este ciclo cotidiano y anual, no es un eterno retorno sino un avanzar en espirar hasta el día en que El venga”.

Los Hermanos Gabriel y Martín, monjes-arquitectos, autores de la Iglesia, al decir esto, fundamentan el sentimiento luminoso del espacio de su obra.

En ella marcan mediante la forma y los desniveles, las jerarquías: la comunidad religiosa y la comunidad laica. Pero una misma vivencia las une: el espacio de un cubo se vacía en el otro que lo recibe y lo hace vibrar alrededor de un eje común: el altar.

El ambón forma el puente entre las dos comunidades y a él acuden en la lectura de los pasos del acto sagrado, religiosos y laicos.

El techo se inclina sobre el altar como un inmenso "baldacchino" de concreto delimitado claramente por la luz que penetra de varias fuentes. La textura de una de las paredes mayores del fondo se acentúa debido a la separación de ésta, lo que permite entrar una gran cantidad de luz medida por vidrios de colores.

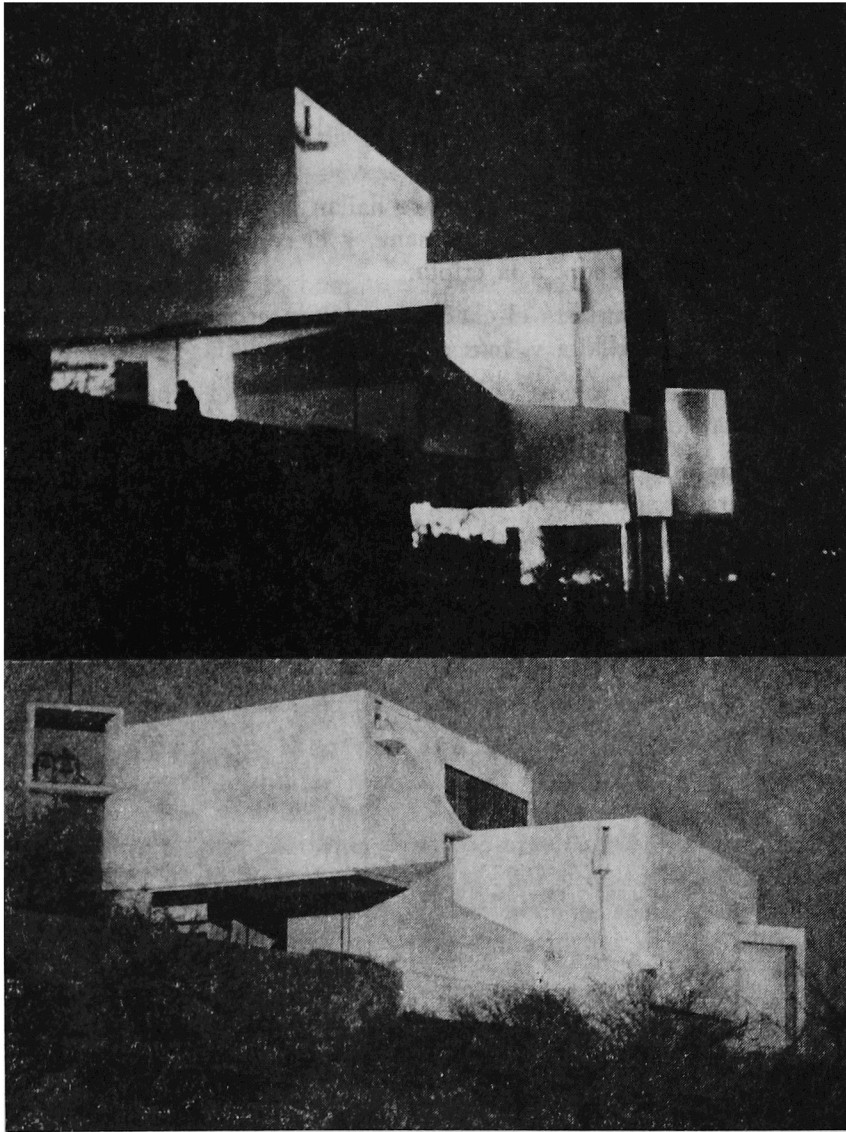
En las extremidades de la iglesia se hallan la Capilla del Santísimo, con un Cristo de noble y antigua talla germana, y el confesionario ubicado en un espacio curvo sobre la bajada a la cripta.

Afuera de la Iglesia está el claustro, el cuerpo residencial de los monjes, proyectado por Jaime Bellalta y, más abajo, la hospedería.

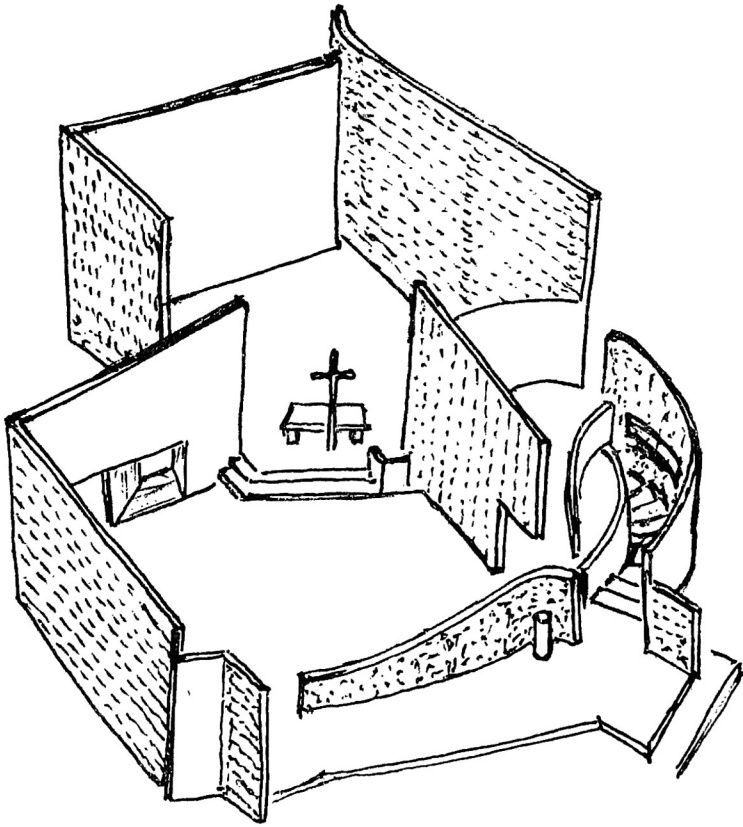
Muros, volúmenes, soleras, cemento, cal, hierba. Y el valle, el aire, el cielo. La Iglesia está en todo esto, es todo esto y es mucho más.

Su espíritu es hecho no sólo de cemento y de viento, sino de silencios, de rezos murmurados, de trabajo jocoso, de reglas, de funciones claras y precisas para las cuales han sido elevadas estas paredes y estos espacios que la definen.

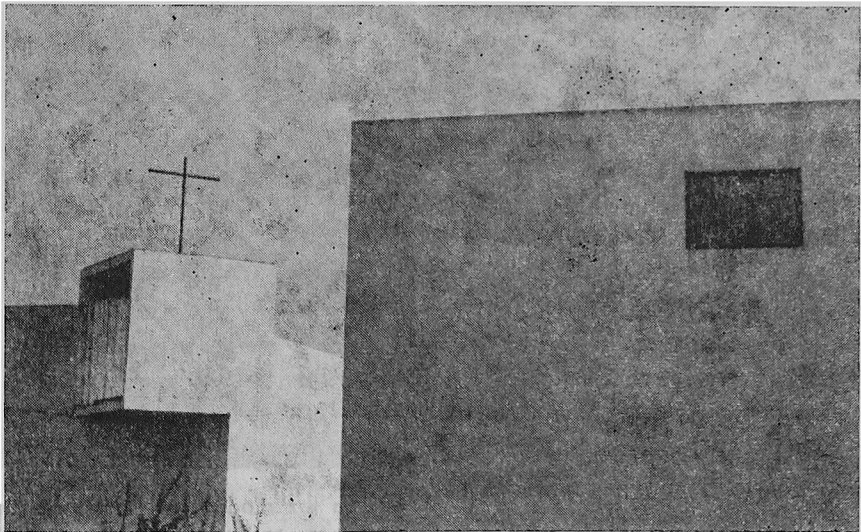
IGLESIA DE LOS BENEDICTINOS DE LAS CONDES (SANTIAGO DE CHILE).



1 - 2: La Iglesia durante las funciones nocturnas y diurnas. Vista desde la Hospedería. (Fotos: V. di Girolamo).

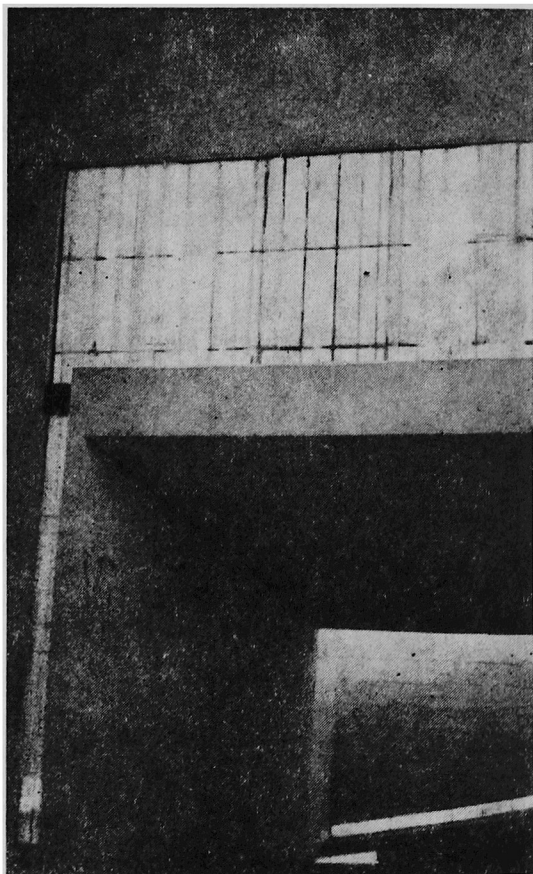
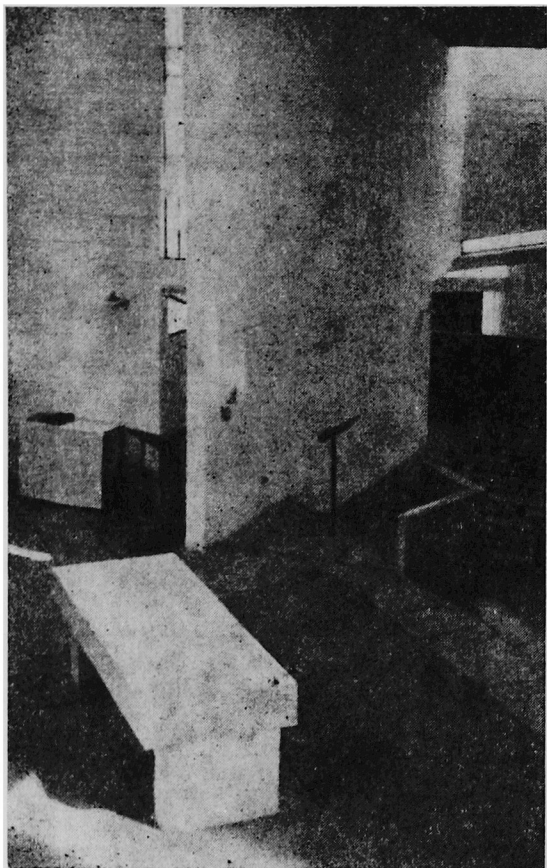


3: Interior de la Iglesia con sus espacios principales (dibujo: R. Trebbi del Trevigiano).



4: Los volúmenes del campanario frente al del convento.

5: El altar en el cruce de los dos cubos espaciales. (Foto: V. di Girolamo).



6: La luz modela los interiores de la Iglesia (Foto: V. di Girolamo).